

Ricardo Fernández
Guardia

Cavallería rusticana tituló el insigne escritor siciliano Giovanni Verqa", una de sus más conocidas narraciones. Allí, campea la dignidad de las gentes rústicas de aquella su Isla de fuego.

La misma dignidad campesina satura las páginas, de impecable estilo, de esta pequeña novela costarricense. Fernández Guardia sale en defensa de la virtud de nuestras hijas de campo, virtud que muchos han hecho claudicar ante las sugestivas promesas de los tenorios de la capital. Quiso presentarnos a una deliciosa campesina en cuya imaginación loca quiere dominar con tiranía sin igual, la gallarda y la varonil figura de Carlos Gutiérrez.

Es el embrujo de lo ciudadano que ansía imponerse a las modestas aspiraciones aldeanas.

Ella ha sufrido la influencia directa de la capital y sus tentaciones mientras en las aulas recibía una instrucción de discutible alcance y una educación sin valor alguno. No se dejó dominar por tendencias que no eran las suyas. No se sintió influida por un ambiente que adivinaba contrario a su nativa psicología.

Él quiso someterla al influjo de una pasión que apenas llegaba a ser capricho. Mientras creyó en la sinceridad de aquel hombre que, ante ella, hasta arrestos heroicos supo tener, Emilia se dejó llevar por una simpatía que, a veces, se manifestaba profunda y, en ocasiones, se perdía en dudas sin fin.

La bella y noble campesina comprendió cómo se querían burlar de ella. Cómo no se dudaba en pisotear un corazón virtuoso y confiado. Supo, entonces, arrancar de su pecho el amor que sabía no correspondido. Se atrevió a arrebatar, de las manos insensibles de la rival victoriosa el clavel. La flor que, momentos antes, había servido de símbolo en un pacto de amor recién confesado.

-¡Atrevida la Conchita! -fue la frase que murmuró la mujer que le robaba su amor.

Atrevida, ¡no! Admirable en su orgullo de campesina. ¡Se pretendió humillarla sin comprender que ella también tenía derecho a alentar anhelos legítimos de mujer pura y discreta!

Elvira y Carlos olvidaron que hasta los más humildes poseen un alma cuya dignidad de profunda extracción no es posible despreciar.

Con ellos, ¡cuántos hijos de la ciudad piensan que son seres privilegiados! Que pueden maltratar a las gentes sencillas. Hacer sufrir a quienes suponen capaces de aceptar, sin protesta, las injusticias de la suerte. ¡Injusticias que, las más de las veces, son de los hombres!